

## CIENCIA Y PSICOANÁLISIS: UNA VISIÓN PRELIMINAR

Héctor Blas Lahitte y Vicente Manuel Ortiz Oria

### Introducción

Posiblemente la teoría psicoanalítica freudiana haya constituido un punto de inicio determinante en la cultura occidental para comprender los niveles de abstracción que generamos los seres humanos en nuestras interacciones. Asimismo, el ya fallecido Antonio Caparrós defendía que el psicoanálisis constituía un aprioi cultural, esto es que no se podía hablar de cultura sin tener en cuenta el aporte psicoanalítico. Estas esferas de pensamiento suponen dos tipos de mensajes: explícitos o denotados (lo que se dice como; esto es una puerta) implícitos o connotados (dejé notar o aclaré a propósito de la puerta, una condición amistosa u odiosa).

Freud caracterizó en muchos de sus textos la importancia de trascender el contenido manifiesto de nuestros mensajes y acciones, y expresó cómo desde la libre asociación accedíamos a un contenido profundo y oculto que daba significado al primero. Hoy los estudios a propósito de la comunicación humana han mostrado cómo un organismo o conjunto de

organismos, dejan de responder «automáticamente» a los estados afectivos de «otro» y se hace posible distinguir el signo en cuanto señal. En otras palabras, identificar que el mensaje propio y ajeno son sólo señales que pueden ser ampliadas, negadas, falsificadas, creídas..., etcétera. De todos modos, es muy difícil advertir que una señal es sólo una señal, generalmente respondemos automáticamente a la más variada gama de actividades; diarios radios, tele-

visor, como si estos estímulos fuesen indicaciones de objeto. Siendo en realidad producidas, transmitidas y organizadas por seres humanos motivados como nosotros.

Las cosas cambian cuando descubrimos que las señales son señales y mucho más cuando podemos estipular que tanto nuestros signos como los de otros son sólo señales. Las mismas identifican series de acciones que permiten pautar secuencias de

interacciones. La enunciación ordenada de las mismas permite identificar clases de contextos y simultáneamente distinguir aquello que representa de aquello que denota... La palmadita juguetona en la cabeza del niño denota golpe; pero no denota lo que sería denotado por



*Fuck this shitty wall.* ¿Cómo debe ser mirar por la ventana y ver un día tras otro un país inaccesible al otro lado de la calle? Muchas veces los vecinos observaban desde el otro lado. Tardé en caer en la cuenta de que ellos no veían las pinturas. No podían entender qué andaba fotografiando.

el golpe mismo. Es decir son acciones que pueden ser calificadas como juego y distinguidas de otras que no lo son. Recurrentemente tanto psicoanalistas como antropólogos han indicado el valor de los rituales para la comprensión de estos fenómenos, más específicamente aquellos en los que es evidente la acción denotativa y lo que se ha de denotar. En otros casos, no se trata de identificar denotaciones sino la clase lógica que éstas suponen, por ejemplo de qué tipo de ritual se trata (iniciación, matrimonio, caza...) o si efectivamente se trata de un ritual. En el arte, la magia o la religión son claros los intentos por diluir la diferencia entre mapa y territorio. Es como si retomara la inocencia de la comunicación por medio de puros estados afectivos. Es probable que por esto existan símbolos que, si bien no denotan adicción, si denotan ideas para las cuales la adicción es un símbolo apropiado. Nos introducimos así a la temática del límite y el contexto. En el proceso primario tal como Freud lo concebía mapa y territorio se identifican; en el secundario pueden discriminarse. Es necesario recurrir al principio primario como principio explicativo para eliminar por ejemplo la noción de «algunos» del lugar intermedio que ocupa entre «todos y ninguno». La función discriminadora entre juego y golpe es función del proceso secundario o instancia del yo, el paradigma que explica las paradojas que así surgen son del tipo: la clase de clases, no es miembro de sí misma.

El término premisa con el que se identifican los contextos antes aludidos, denota aquella dependencia de una idea o mensaje respecto de otro, que es comparable a la dependencia de una proposición respecto de otra, por ejemplo p, es una premisa para q. ¿Pero qué es un límite y un contexto que dé sentido a una u otra premisa? Un límite se podía definir como un tipo de mensajes o acciones con sentido identificable. Pelearse, por ejemplo, es un conjunto de mensajes intercambiados. Los mensajes podían ser representados como puntos, y el conjunto abarcado por una línea que los separa de otros conjuntos que representan «no pelearse». Los límites psicológicos no están representados por líneas. En todo caso se reconocen por su designación: Pelea, película, entrevista, tarea, etcétera. En muchos casos los sujetos podemos no tener conciencia de los límites, ya que estos no son ni físicos ni lógicos. Nos movemos mejor en cualquier universo en el que las características estén claramente externalizadas. Por este motivo en nuestra cultura y en el psicoanálisis ocurre algo semejante; contractuar los límites, pero no sólo se pautan los límites de una psicoterapia que puedan llevarse a cabo sino, que en otros casos, se requiere de un carné para entrar al club, de un uniforme para la escuela o de un estilo terapéutico o docente... Estas características psico-sociológicas

externalizadas se han profundizado en esta última meta y componen motivo de estudio. Si utilizamos la externalización como recurso ilustrativo podemos decir: 1) Los mapas cognitivos como los marcos psicológicos actúan por exclusión, de modo tal que cuando incluimos cierta clase de mensajes otros quedan excluidos. 2) Los mapas cognitivos y los marcos psicológicos actúan por inclusión, es decir al excluir ciertos mensajes quedan incluidos otros. 3) Tanto mapa como marco pueden ser el mensaje destinado a ordenar u organizar la percepción de quien participa. 4) La percepción del fondo debe ser inhibida positivamente y la percepción de la figura realizada positivamente; por ejemplo el cuadro sobre la pared. 5) Marcos y límites son como las premisas que indican a un observador cualquiera, que no debe emplear el mismo tipo de pensamiento al interpelar el cuadro y/o la pared. 6) Todos los mensajes que estén fuera del marco o límite pueden ignorarse. 7) Un marco o límite siempre es meta-comunicativo, y por serlo ayuda a asignar un significado y comprender los mensajes. 8) Toda metacomunicación define explícita o implícitamente el conjunto de mensajes sobre los que se comunica. Esta posibilidad de establecer condiciones para identificar límites y marcos psicológicos constituyen las formas básicas con las que los organismos humanos elaboran aprendizajes de primer y segundo orden. Es decir, cambios en su estructura sin pérdida de organización.

Terapeutas y antropólogos estudian este tipo de fenómenos según los cuales un individuo espera que su mundo esté estructurado de un modo respecto de otro. Situación muy importante en tanto es el trayecto por el que se llevan a cabo los cambios, preferencias y prioridades. En otras palabras, componen el punto de vista del paciente o la cosmovisión de la cultura, y determina la certeza sensorial con la que el sujeto o conjunto de ellos llevan a cabo sus acciones. En términos terapéuticos esta condición estaría por debajo de la transferencia, es decir la expectativa, punto de vista de un paciente supone al menos en los comienzos de la psicoterapia, que la relación con el terapeuta contendrá las mismas clases de contextos, de aprendizajes (marcos y límites), que el sujeto encontró en el trato con sus padres. De ser así es necesario comparar tres tipos de jerarquías: a) Órdenes de aprendizaje; b) Contextos de aprendizajes y c) Circuitos de aprendizaje, las dos primeras A y B, son isomorfas y, por lo tanto, sinónimas. La tres es neurofisiológica y, por tanto, debe ser estructurada en orden jerárquico. La percepción de un acontecimiento o mensaje es neurofisiológica, pero el acontecimiento mismo u objeto pertenece a otro orden, el mensaje no tiene realidad, queda, al ser escuchado, reducido a ondas sonoras. O al ser leído a manchas de tinta. La pertinencia o la realidad debe

negarse y también excluir las condiciones de existencia del objeto. Por ejemplo, la silla sobre la que estoy sentado es una idea, un mensaje, una noticia sobre una diferencia. Mientras que la silla misma es comunicacionalmente real. La separación entre órdenes de aprendizaje y contextos de aprendizajes, sólo puede entenderse diciendo que mientras las órdenes de aprendizaje están dentro del individuo, los contextos están fuera de él. Comunicacionalmente estas diferencias no tienen sentido. Por ejemplo, resultaría absurdo preguntarse si el microscopio de un investigador o un telescopio es parte de quien lo usa. En realidad son «aspectos» del mismo sistema de comunicación y parte de la red que estudiamos. Esta situación es particularmente importante en psicoterapia. Nos encontramos frente a un referente complejo en el que tenemos que estipular dónde y cuáles son las partes que lo integran.

El YO del psicoanálisis es posible en el mundo comunicacional. Es decir, en y por el lenguaje, en y por la experiencia, en y por la relación, en y por el afecto... Los seres humanos somos una clase de mamíferos cuyo aprendizaje se identifica precisamente por discontinuidades jerárquicas como las mencionadas; por eso puede frente a situaciones de doble vínculo volverse esquizofrénico, o lo que sería lo mismo fragmentar su yo. Lo que sí es claro es que cada orden de complejidad creciente supone nuevos procesos de aprendizaje.

Cuando un investigador utiliza recursos matemáticos para describir movimientos al estilo de René Thom de un atractor hacia otro, por ejemplo, son fácilmente perceptibles las discontinuidades en el aprendizaje del sujeto experimental. Lo que parecía un artificio de la descripción matemática pasa a ser una característica de la estructura del cerebro. Hoy queda claro que el aprendizaje tiene que ver con la probabilidad; los esfuerzos realizados por los investigadores en el campo de la psicología cognitiva y en neurociencias indican que los cambios al azar se producen en el cerebro (o en alguna otra parte del cuerpo) y los resultados del cambio son seleccionados o estipulados por el medio externo, para que sobrevivan o no mediante procesos de refuerzo o extinción. Los terapeutas actuales trabajan sobre las condiciones de «refuerzo», que imprimen dirección a los cambios realizados por un paciente. A medida que el tiempo de tratamiento transcurre, la evolución terapéutica imprime una dirección definitiva a la acumulación de cambios fortuitos. Se genera más y más elasticidad y flexibilidad en la estructura con la que el paciente se

acopla al ambiente, y se intenta delimitar reflexión mediante la condición organizacional que restituye su identidad. El gran desafío es cómo intervenir sin desunir la relación entre los seres humanos y el medio en el que se encuentran. Philippe Descola ha realizado un inmenso esfuerzo para tipificar la distinción entre interioridad y fisicalidad, realizando interesantes trabajos sobre el animismo y su opuesto inverso el naturalismo. En el primero la interioridad puede referirse a la fisicalidad; una misma interioridad y una fisicalidad diferente identificarían los fenómenos animistas. Inversamente discontinuidad interior y continuidad en la fisicalidad serían los rasgos típicos del naturalismo. En nuestra propia cosmología intervienen también dos modos de identificación reconocibles por su continuidad interior y fisicalidad variada, esto es el totemismo y su inversa el analogismo. El estudio detallado de estos cuatro fenómenos de identificación permitirá entender la visión etnocéntrica con la que, en muchos casos, se tiñen nuestras interpretaciones. En esta tesitura nos preguntamos: ¿Podremos aceptar tal desafío quienes nos encontramos abocados al estudio de los procesos humanos? ¿Podremos incorporar antropólogos y terapeutas toda esa serie de cuestiones que hacen concebible solamente al hombre en su entorno? Lo que en algún momento entendíamos como enfermedad o patología o desviación social son, en realidad, nuevas propiedades que adquieren los seres humanos cuando alteran su condición de equilibrio. Estas formas que podríamos entender como nuevas propiedades se estabilizan como patologías en las que el sistema, el sujeto en su conjunto es sometido a fuertes condicionamientos del medio (relacional, familiar, escolar...). En realidad no se trata de recuperar un equilibrio perdido, disipado, sino reestructurar estas nuevas propiedades como posibles estados múltiples que expresan la *historicidad* de las selecciones adoptadas por el sujeto en cuestión. En esto, los estados por los que pasa un sujeto se parecen mucho al modo en que los biólogos representan la idea de vida, la vida no sólo es química, la vida debe incorporar propiedades físicas como la gravitación, los campos electromagnéticos, la luz, el clima..., y esto requiere una química abierta al mundo externo. Es decir, como con las patologías y las desviaciones alejadas de las condiciones de equilibrio, pasamos por múltiples estados que, junto con una eventual patología, expresan flexibilidad y necesidad de cambio. Y podemos preguntarnos sobre la tendencia inercial a dejar de ser lo que somos para pasar a ser otra cosa, y todo esto se organiza como posibilidad en un proceso de cambio e interacción recurrente habitualmente en el ámbito del marco terapéutico.



Aunque en abril de 1991 la tensión era ya máxima, seguía sin haber unidades antidisturbios, pues nunca antes habían hecho falta. Las dos únicas opciones eran la policía o el ejército. Al empezar a nevar, uno de los milicianos se gira hacia la cámara con aire distendido.

### 1. El cambio, necesidad y principio evolutivo humano

Recordemos cómo desde principios del siglo anterior la práctica del psicoanálisis se ha diversificado en un conjunto de escuelas y orientaciones desde la primera escisión de principios del siglo pasado, vivida entonces por el grupo inicial como una crisis que implicaba el primer episodio de una constante, que iba a repetirse periódicamente. Las grandes temáticas de la teoría y práctica psicoanalítica son de tal complicación y consecuencia operativa, que dan cabida a diversidad de posicionamientos, en función de la formación de la experiencia práctica, de la personalidad de cada pareja terapéutica, así como de su *gnoseología*, el estilo, contexto y devenir del proceso analítico de permuta. Considerando esta complejidad paradigmática co-construida es imposible que el modelo freudiano mantenga la unidad que los dogmáticos pretenden salvaguardar, en oposición al dinamismo dialéctico de la existencia, del conocimiento y la investigación actual. El mismo Freud dio ejemplo digno de un científico de su talento, cuando manteniéndose en constante evolución, introdujo cambios en sus teorías y formulaciones sin importarle las consecuencias, pero considerando que era la opción que aludía a la experiencia

de su verdad. Sus ideas reflejan claramente esta conocida actitud cuando expresa:

Nunca hemos pretendido haber alcanzado la cima de nuestro saber ni de nuestro poder, y ahora, como antes, estamos dispuestos a reconocer las imperfecciones de nuestro conocimiento, añadir a él nuevos elementos, e introducir en nuestros métodos todas aquellas modificaciones que puedan significar un progreso (o. c. III., 2457).

La historia del pensamiento humano ha calificado tal fecundidad de revolucionaria, y a Freud como el configurador de la tercera «humillación» que el hombre ha padecido, después de la producida por Copérnico al quitar a la Tierra el «egocentrismo» universal, y a Darwin con una teoría evolucionista de la conservación del más fuerte, que intentó devaluar el testimonio de la creación respecto a la polémica del origen del hombre. Considerando que si los humanos no podemos resolver la emergencia de la conciencia en sus limitaciones cognitivas, como vamos a dilucidar las implicaciones conscientes, y más aún las inconscientes. En ocasiones parece subyacer una creencia errónea de que en la diversidad y en las divergencias sobre un núcleo temático se configura la debilidad, o el error del paradigma, cuando en su productividad



La Gran Guerra Patria desbarató demográficamente la nación y costó un alto precio. En los aniversarios de la victoria hay menos hombres que mujeres. Algunos veteranos conocen bien la Guerra Civil española y hablan de nuestra Transición con admiración.

precisamente reside su fuerza: «Sólo lo que es fecundo es verdadero» decía Goethe. Un sistema se deteriora y torna caduco cuando defiende la paralización y defensa de sus planteamientos, oponiendo resistencias al movimiento dialéctico de la evolución el proceso científico y el conocimiento.

Como señala Cencillo en *La Psicología como posibilidad*; aunque haya escuelas diferentes, con terminologías distintas, focos de atención y técnicas emergentes, todas coinciden en lo nuclear del paradigma; que es la vida psíquica inconsciente y las categorías emocionales afectivas y cognitivas, que trasforman los procesos de personalidad en un contexto comunicacional. Frente a la fecunda diversidad, hay que insistir en el reconocimiento de un núcleo vertebrador que da forma e identidad a la disposición de un «paradigma», asentado sobre la común asunción de generalizaciones, principios, metáforas, procedimientos, objetivos, valores; que explican el hecho de que nos encontremos compartiendo, a la vez que discrepando, ante un objeto común, y en el marco de una comunidad científica. Suponer *a priori* que la propia posición epistémica posee la clave y el procedimiento eficaz para todos los casos y que las demás se equivocan, es una ingenuidad dogmática egocéntrica y anticientífica.

Ahora bien, es necesario posicionarse y señalar «singularidades y diferencias» acerca, de la forma en la que entendemos la intervención plural, no siempre sazónada por la experiencia reflexiva y la pertinencia heurística. Como señalamos, la cuestión posiblemente no es probar la verdad teórica o la eficacia práctica de una escuela, declarando no cualificada a las demás, o a los demás, sino acertar en la adecuación del método a cada caso concreto.

La persona humana en su sufrir precisa para su intervención eficaz una empatía inicial, que desarrolle una confianza básica necesaria que posibilite un vínculo transferencial, para proseguir una *escucha activa* ante la emergencia de los materiales profundos, que de otra manera se resisten a aflorar. Con esta expresión queremos señalar que en la intervención operativa es de sentido común fortalecer una relación afectiva profunda. Y estas consideraciones se manifiestan flexiblemente en la medida que aparecen componentes de la estructura patógena de cada caso, ya que no existen leyes fijas; de ahí la dificultad de la formalización *tecnológica* en psicoterapia, y como es reconocido no hay enfermedades sino enfermos diferentes. Es más, sospechamos que todos los métodos pueden ser operativos dependiendo de los estilos convenientes de la pareja terapéutica como señala

Resnick (1978). Ciertas reflexiones apuntan en esta dirección, como señalan García Moreno y Díaz-Rada Brun; cuando reflexionan sobre la efectividad de las distintas terapias, constatan que ninguna se ha mostrado consistentemente superior a otras, debido a la existencia de factores «prácticos» comunes, y las interpretaciones teóricas de los distintos terapeutas «reconstruyen» diferentemente la praxis: Frank, (1982), Silverman, (1985). La mayor parte de las estrategias terapéuticas bien intencionadas ante la persona que sufre, y con un gradiente de ética y profesionalidad oportuna puede ser adecuada para organizar aspectos de la personalidad desajustada, y favorecer el cambio a la salud como lo demuestra la práctica clínica.

Las luchas por demostrar la superioridad de modelos y sus artífices deberán ir dejando espacio a una posición de comunicación e integración, de forma que la teoría y el modelo queden conformados con coherencia y eficacia. Por ello, una integración para aunar criterios



Vías de tranvía cortadas. Berlín. En algunos puntos la ciudad acababa súbitamente, como un acantilado. Calles o vías de comunicación cortadas sin contemplaciones, vecinos separados para siempre, estaciones de metro sin parada posible... El muro era una mutación urbanística absurda.

relacionales y comunicativos es conveniente; no es viable sin más una unificación forzada, la *presión* de conceptos y de prácticas no sirve, ya que esto supone encontrarse con limitaciones en la táctica práctica; en la medida que no es posible trabajar con objetivos análogos, en distintos métodos y contextos culturales plurales. No es igual trabajar en el diván que en el cara a cara de las entrevistas, o actuando la fantasía en una silla, o monitorear la conducta, o excluir la motivación, o no hacerse cargo de la causa que lo origina, o no analizar los afectos que la sostienen, o los dinamismos que la formalizan, o la cognición que la defiende, por presentar algunos componentes de la práctica clínica. La pregunta entonces es; ¿por qué escogemos una dirección u otra para conseguir vías de cambio, en un paciente fóbico, deprimido, inhibido o psicótico...? Estos ámbitos de intervención, como sabemos, presentan una dirección diferenciada en tiempo y proceso, por la pareja analítica, pero el terapeuta debe distinguir muy bien en qué dirección camina con el señalamiento, con la interpretación, y qué quiere conseguir con ello. No nos cabe la menor duda, por otro lado, de que lo que une a las escuelas psicoanalíticas en sus orientaciones es más que lo que las separa, pero a la hora de la práctica hay que priorizar intervenciones, y no se debe interpretar en varios planos; se debe deliberar que elegir un camino hacia un señalamiento cierra otro, que si optamos por el trabajo en una dirección edípica en histeria femenina con terapeuta masculino, no conviene simultanear la interpretación de la inmadurez y la falta de consistencia de la estructura a la vez. En cuanto lo primero es análisis y lo segundo valoración. Si pretendemos una reeducación persuasiva ante miedos fóbicos hacia los arácnidos, podemos trabajar con una desensibilización sistemática, pero no es conveniente proponer la libre asociación en la que el propio paciente diseña su propia desensibilización sistemática a la vez, ya que ambas no se pueden integrar conjuntamente sin el riesgo de la confusión...

Podemos sin embargo trabajar en una sesión de grupo para flexibilizar algún anudamiento defensivo en pacientes por ejemplo obsesivos, pero cuidando el momento de cada evolución personal en el marco de la psicoterapia individual. Diseñar una mezcla indiscriminada de tiempos de cada avance en el grupo, generará confusión irremediable en sus aspectos íntimos y privados. Podemos convenir que la psicoterapia se enmarca en un acercamiento al sujeto humano sufriente, por inhibición, inseguridad, miedo, desamor, soledad, tristeza, depresión, pérdida, ansiedad, estrés y angustia existencial... que no puede deslindarse de la formalización de una ética en su intervención. La ética conforma un precepto en un proceso de crecimiento individual

irreemplazable necesario y evidente, hoy como ayer, ante la falta de identidad personal de los miembros de la especie. Las personas tenemos que reflexionar y priorizar una serie de opciones, las cuales son confrontadas en el vivir de forma reflexiva y crítica, no dejándose guiar siempre de un saber, sino a veces, aprendiendo solos mediante ensayos que pueden generar error, pero repasando pormenorizadamente la vida como por ejemplo en el encuadre de la psicoterapia individual. Estas carencias se producen en el ejercicio de vivir, influenciada y producida por la contradicción del propio sistema social, el cual nos enseña a depredar a nuestros semejantes.

## 2. Necesidad de una ética en la intervención terapéutica

La Psicología, en su intento de asemejar su metodología a la de una ciencia natural, incurrió en el error de separar la psicología de la ética (de la misma forma que separar la antropología de la psicología sería una equivocación similar al segregar la bioquímica o la fisiología de la medicina). No obstante tal y como están los tiempos de la superespecialidad es imposible la comprensión del hombre sin entender los conflictos psíquicos y morales insertos en una estructura de personalidad, que para su desarrollo necesitó una red bio-social.

La ética ha recibido, en las aportaciones del psicoanálisis, un mayor conocimiento del influjo incontrolado, que las instancias inconscientes tienen en el desarrollo de las relaciones grupales. De hecho, la aparición del psicoanálisis supuso una importante conmoción en los valores de la época, y continúa en esa indiscreción «imperdonable», que tantas movilizaciones y aversiones concita, por plantear la necesidad de revisar a fondo presupuestos, sobre la vida, costumbres y comportamientos, que agregan sufrimiento; precisando una reorganización vivencial ética. El psicoanálisis necesita integrar las dimensiones de la ética, para convertirse en una praxis liberadora, asumiendo igualdad, solidaridad y humanismo. Para Freud no existen nociones primarias de «bien» y de «mal»; ambas provienen de la valoración de las distintas culturas, y la concepción freudiana de la moral no es esencialmente religiosa. En *Tótem y Tabú* (1913), Freud indica ya implícitamente, que entre moral y religión no existe una relación causal, pero tampoco se puede decir que presente un origen utilitario y racional. En realidad la moral es de origen afectivo, y esto puede ser considerado como una afirmación que se apoya en las observaciones sobre el desarrollo del pensamiento moral en el niño. Es cierto que observando las implicaciones de la relatividad cultural (Lahitte Ortiz y Barrón, 1994) tenemos que dudar de cierto innatismo vigencial. La

conciencia moral proviene por un lado, de las prohibiciones paternas, y del ideal del yo, que se formaliza en la cultura, y desde luego en la formalización de la estructura edípica y esta apunta en la organización occidental por lo menos a:

Ser como el padre y tener una mujer similar, aunque no la suya... que sin embargo suele ser la madre, bajo la presión de un factor que es; la necesidad de amor que espera de sus progenitores, y que a la vez teme perder, si no se somete a la ley paterna (Bleichmar, 1991: 185).

Este proceso de pérdida de amor, unido a la presión socio-educativa, transforma las tendencias asociales en inclinaciones sociales. Pero la sociedad no anima solamente al amor social para obtener resultados decorosos; utiliza también las recompensas y castigos, sin preocuparse del sentimiento íntimo del sujeto, de la necesidad de comunicación fallida, favoreciendo una lógica instrumental alejada en ocasiones de la racionalidad crítica como nos plantea el mismo Habermas. La intervención del psicoanálisis tiende a la aclaración de las propiedades de la intimidad del sujeto en situación terapéutica, reajustando y clarificando sus motivaciones con la ayuda imprescindible de un «supuesto saber». (Mannoni, 1985). Este objetivo de cambio es imprescindible para que el sujeto construya o ajuste su personalidad en favor de una realización existencial, como nos recuerdan los humanistas de Stugartt, Fromm (1980-1986), y los posteriores ilustrados Allport, Maslow (1982), Rogers (1981). El psicoanálisis como sistema formalizador del cambio no pretende diseñar una defensa contra el «desfondamiento» humano, esto es, la indeterminación dinámica de lo real, pero sí generar la asunción de dicha falta de seguridad y canalizar la energía productivamente. Y por otro lado le cabe la posibilidad de diseñar una base y la clave de la bóveda, si evoluciona en aspectos espirituales vitales de la especie. Cuyo camino quizás tenga que ver con la idea abandonada de Sigmund Freud de la hipnosis como una vía de acceso preponderante.

La autorrealización humana implica generatividad de una disposición ética «autógena», deducida del propio centramiento autoposesivo y de la percepción adecuada de la realidad (Cencillo, 1974: 250), abierta a las circunstancias del sujeto en acción. La ética orienta al hombre en la realización de sí mismo, y el psicoanálisis comparte tal dimensión ética al estudiar la base pulsional del ser humano, en su intimidad y desarrollo, con el fin de optimar su autorrealización. La psicoterapia psicoanalítica debe asociarse a la ética, para responder a la realidad del humano distinto, en la forma de desarrollar su potencial de persona. Lo «antiético» no respondería adecuadamente, limitando o marginando alguna de las esferas implicadas. Atendiendo a la asociación de la ética con las normativas

superyoicas, pudiera interpretarse la existencia de cierta contradicción entre la función coercitiva de algunas normativas supuestamente morales (elementos mas ideológicos y regresivos de la ética), y la función liberadora del psicoanálisis. En lo que estamos planteando, tanto la ética como el psicoanálisis atienden a la superación de las constricciones que dificultan en el sujeto la «conciencia ética»; Entendiendo por tal el control autoposesivo y autopo- nente de los procesos de logro y de malogro, desde la mis- midad; necesario en el proceso de su autorrealización (Cencillo, 1974: 229). En este sentido, entendemos que no es ética la normativa rígida y constreñida, ni lo que va en contra de la sensibilidad y honestidad humana, sino lo que más ayude al hombre a responder satisfactoriamente a sus exigencias objetivas, en la interacción de la praxis. Todo proceso psicoanalítico que vaya encaminado a cen- trar e integrar las potencialidades del hombre, para que responda adecuadamente a su realidad existencial, es más ético que toda moral coartativa, restrictiva o estoica, que problematice y anule al hombre en el desarrollo evolutivo de su logro. Para Cencillo (1974) el psicoanálisis colabo- ra con la ética de tres maneras:

Descubriendo los condicionamientos inherentes a la personalidad, que motivan los comportamientos y los actos humanos de acuerdo, o no, con la ética. Superan- do las disfunciones psíquicas y pulsionales que motivan los comportamientos contrarios a la ética y trasforman- do la personalidad para ponerla en condiciones de actuar y de comportarse con libertad y lucidez ética.

Desde la perspectiva práctica hay sujetos que sin una «obje- tivación» de los componentes inconscientes no conseguirán un mínimo de eticidad en su conducta, y esto no porque aparezca implícita la idea hobbesiana «El hombre es un lobo para el hombre», sino porque la pulsionalidad incon- sidente determinará comportamientos ambivalentes, favore- cidos por distintos contextos, que dificultan una integración dialéctica, en la que como resultado evolucionado se tenga en cuenta no sólo el bienestar propio, sino también sea con- siderado como extensión la satisfacción del otro.

## BIBLIOGRAFÍA

- BLEICHMAR, H. (1997). *Avances en psicoterapia psicoanalítica*. Madrid, Paidós.
- BOFILL, P. y TIZÓN, J. L. (1994). *Qué es el psicoanálisis. Orígenes, temas e instituciones actuales*. Barcelona, Herder.
- CENCILLO, L. (1971). *El Inconsciente*. Madrid, Marova.
- (1974). *Libido terapia y Ética*. Navarra, Verbo Divino.
- (1988). *La psicología como posibilidad*. Salamanca, Amarú.
- (2001). *Lo que Freud no llegó a ver*. Madrid, Syntagma.
- FRANK, J. D. (1982). Therapeutic components shared by all psy- chotheraies. In J. H. HARVEY and M. M. PARKS (eds.). *Psychoteherapy Research and Bahavior Change, 5-37*. Washing- ton, D.C.A., Psychol. Asoc.
- FREUD, S. (1967). *Obras Completas*, 3 vols. Madrid, Biblioteca Nueva, 1967.
- FROMM, E. (1980). *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*. Méxi- co, FCF.
- (1986). *Ética y Psicoanálisis*. Sevilla, FCF. Olimpia.
- KOHUT, H. (1986). *¿Cómo cura el análisis?* Buenos Aires, Paidós.
- LACAN, J. (1977). *Los cuatro conceptos del Psicoanálisis*. Barcelona, Barral.
- LAHITTE, H., ORTIZ ORIA, V. M. y BARRÓN, A. (1994). *Matriz relacional de los procesos cognitivos: nuevos paradigmas*. Sala- manca, Amarú.
- LAHITTE, H.; ORTIZ ORIA, V. M.; FERRARI, L. (2002). *Manual de Etología humana III*. Argentina, Ed. K.
- MANNONI, M. (1985). *Un saber que no sabe*. Barcelona, Gedisa.
- MASLOW, R. (1976). *El hombre autorrealizado*. Barcelona, Kairós.
- MODELL, H. A. (1988). *El psicoanálisis en un contexto nuevo*. Madrid, Amorrortu.
- ORTIZ ORIA, V. M. (1993). *Los afectos y referentes terapéuticos en Psi- coanálisis*. La Plata-Argentina, Pinaco, Conicet.
- (1995). *El riesgo de enseñar la ansiedad de los profesores*. Sala- manca, Amarú.
- ORTIZ ORIA, V. M. y GUERRA CID, R. L. (2002). *Antropología per- sonalidad y tratamiento*. Salamanca, Amarú.
- RESNICK, S. (1978). *Persona y psicosis. Estudio sobre el lenguaje del cuer- po*. Buenos Aires, Paidós.
- ROGERS, C. (1981). *La persona como centro*. Barcelona, Herder.
- SILVERMAN, L. H. and WEINBERGER, J. (1985). Mommy and I are one. Implications for psychotherapy. *American Psychologist*, 40, 12, 1296-1308.
- THOMÄ, H. y KÄCHELE, H. (1989). *Teoría y práctica del Psicoanáli- sis*, 2 vols. Barcelona, Herder.
- WINNICOTT, D. W. (1993). *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*. Barcelona, Paidós.
- World Health Organization (1984). *Health Promotion. A Discusión Document on the Concept and Principles*. Copenhagen.